

**“EL PADRE MÍO” DE DIAMELA ELTIT:
FRAGMENTOS DE EXTERMINIO***

Alvaro Bisama Mayné

Magíster en Estudios Latinoamericanos

“El Padre Mío”, de Diamela Eltit: Fragmentos de exterminio *indaga en un análisis de la obra bajo las luces de la historiografía reciente. La condición documental y testimonial del texto de D. Eltit así lo sugiere al acercarse a la historia de Chile con una mirada centrada en los quiebres, las resistencias y la huellas de una memoria sacudida por los estigmas de la violencia política. La idea del presente artículo no es solo explicitar algunas zonas donde dicha memoria se hace evidente, sino también proponer un análisis que desborde el sentido habitual de las lecturas que se hacen de la autora. De ahí que la conexión con la historiografía se vuelva un acercamiento útil para poner en relación ciertos sentidos y perspectivas del texto con el presente.*

I. Introducción: ciertos discursos

Parece un ejercicio un tanto nostálgico hacer una lectura de “*El Padre Mío*”, de Diamela Eltit, a más de diez años de su publicación. Eso porque el texto está anclado directamente en la década de los ochenta y es ahí donde radica mucho de su importancia: la validez de un ícono que se hace a sí mismo con los restos de la estética desplegada por los canales discursivos habituales. Dada su temática, su diseño y las redes desde donde se posiciona (geográficamente, un sitio eriazado en la comuna de Conchalí), “*El Padre Mío*” resulta ser un ejercicio de memoria que evidencia su validez y diálogo con un presente asediado y actuado con las figuras de ese mismo pasado.

Diamela Eltit capitalizó su obra en la década que “*El Padre Mío*” cierra con su torrente discursivo. Estudiada y citada, resulta una figura clave para el entendimiento de los pasos que la evolución cultural chilena ha dado en los últimos veinte años. Su trabajo, que se organiza en un *corpus* que contiene novelas, cuentos, performances, instalaciones y soportes textuales para diversos formatos, posee la capacidad de actuar como una radiografía de ciertos cuerpos sociales del Chile

* Trabajo presentado en el Seminario troncal “Problemas fundamentales de la cultura latinoamericana. Era republicana”. Prof. Grínor Rojo (coordinador). 1^{er} semestre 2000.

de hoy y ayer. Cuerpos en conflicto (*"El cuarto mundo"*), cuerpos mestizos (*"Por la patria"*), cuerpos populares (*"Vaca Sagrada"*) y cuerpos urbanos (*"Lumpérica"*): "mi interés más bien está puesto en el cómo se conforman cuerpos, pero cuerpos de escritura, con relativa independencia del género de su autor. En ese tiempo he pensado que el conflicto descansa en las condicionantes de género. Y allí se hace evidente que lo asignado al género masculino pasa especialmente por la administración de los poderes centrales..."¹.

Dichos textos, según ha visto la crítica que se ha hecho cargo de ellos, poseen la textualidad que los determina como soportes de una historia escrita en los bordes. Bordes que a pesar de su condición periférica se identifican con una escenificación política calculada de sus alcances: al marco significativo que impone "ser mujer, ser escritora chilena", se suma la "observación de los códigos dominantes (...) chilenos. Me refiero a esos comportamientos que me parecen excluyentes o reductores, aquellos que desde su anacronismo de clase o desde su voracidad económica, tejen condicionantes de conductas, cuando no estereotipadas, represivas"².

Pero eso no es todo. La marca de lo femenino opera como una representación de una política del espacio ciudadano y la aceptación de las condicionantes de esa praxis se articulan como vectores que apuntan hacia la aceptación de la tarea escritural como un recurso que problematiza la relación lector/texto: "sigo pensando en lo literario más bien como una disyuntiva que como una zona de respuestas que dejen contentos y felices a los lectores. El lector (ideal) al que aspiro es más problemático, con baches, dudas, un lector más bien cruzado por incertidumbres. Y allí el margen, los múltiples márgenes posibles marcan, entre otras cosas, el placer y la felicidad, pero también el disturbio y la crisis"³.

Frente a esa poética respecto a la validez del texto, la crítica ha respondido con una confirmación de esos mismos objetivos. Diamela Eltit ha terminado siendo un texto sobre el cual se pueden escribir otros textos, la excusa para desplegar un aparato de interpretación que la vincula forzosamente con el despliegue de redes (políticas, académicas, editoriales) concernientes a la aparición de lo femenino (y marginal) en el espacio público del debate cultural chileno. La aparición de ese discurso es justificable porque "tanto como en el régimen pinochetista como en la transición a la democracia, los roles sexuales planteados como centrales en los discursos públicos recogidos en esas fechas, permiten leer de modo estratificado y coherente el tejido discursivo de nuestro país (...) Visibilizamos, así, los mecanismos de producción de su emergencia en la forma que hoy conocemos y

¹ Diamela Eltit hablando de su propia obra en Juan Carlos Lértora, *Una poética de literatura menor: la narrativa de Diamela Eltit*. Santiago de Chile, Cuarto Propio, 1993.

² Obra cit., p. 21.

³ Obra cit., p. 21.

repcionamos desde y a partir de los núcleos significantes de la sexualidad de la familia, potenciando de modo patente los campos semánticos virtuales que estos núcleos dominan”⁴.

Pero este mismo discurso cerca y sectoriza el trabajo de Eltit en una operación que le quita algo de perspectiva. Transforma al objeto estético en el objeto de un esoterismo crítico que lo desvincula de su capacidad evocativa, de cruce de caminos, de encrucijada. Abordar “*El Padre Mío*” de nuevo desde un ejercicio de *ese* estilo significa repetir ciertos discursos sobre los ejercicios del poder.

Significa ubicar al texto en un enclave que cierra lecturas en vez de abrirlas, eso porque la facilidad de una lectura genérica evade la posibilidad de leer su habla distorsionada en un marco más amplio, esto es, desde la década en que fue registrada, la década en que el libro fue escrito/editado.

“*El Padre Mío*” visto desde la crítica clásica ha sido ubicado como una nota a pie de página del trabajo de Diamela Eltit, una obra más de una secuencia de muchas, sin admitir que en el bajo perfil desde donde se mueve representa un ejercicio vinculado a la documentación de ciertas claves que permiten reconocer los estigmas que aún aparecen en la piel del cuerpo social al que antes se hacía referencia. Cuerpo social que obviamente también, y eso es lo interesante, es un sujeto histórico.

II. Texto y Diamela Eltit

Sobre la ubicación de Diamela Eltit en el marco de un programa de la cultura chilena se han referido múltiples autores. Los textos de Rodrigo Cánovas⁵ y José Promis⁶ se hacen cargo de su lugar dentro de una historiografía de la literatura chilena contemporánea. Nelly Richard, analizando su modalidad discursiva, la ubica en cambio en “un segmento artístico y literario de corte neo vanguardista empeñado en la reconceptualización crítica del pensamiento cultural que, después de 1977, estremeció la red de la cultura académica e institucional, desatando conmociones sin precedente en el paisaje de las artes visuales, la poesía y la literatura”⁷.

⁴ Eugenia Brito y otras, *Discurso, género y poder. Discursos públicos: Chile 1978-1993*. Santiago de Chile, Lom Ediciones, serie Punto de Fuga, 1997, p. 66.

⁵ Rodrigo Cánovas. *Novela Chilena, nuevas generaciones: el abordaje de los huérfanos*. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1997.

⁶ José Promis. *La novela chilena de último siglo*. Santiago de Chile, Editorial La Noria, 1993.

⁷ Nelly Richard. *Tres funciones de escritura: deconstrucción, simulación, hibridación*. En Lertora, Juan Carlos. *Una poética de literatura menor: la narrativa de Diamela Eltit*. Santiago de Chile, Cuarto Propio, 1993, p. 37.

Este segmento, que Richard nomina “de avanzada”, sufre de la “necesidad sobre todo de reestructurar el lenguaje de la creatividad hasta potenciar el trabajo de arte como fuerza disidentora de la autoridad y de sus normas de disciplinamiento de sentido”⁸.

La obra previa de Eltit supone un trabajo que incluye la problematización de los soportes de lo literario. Ese trabajo “cuestiona la hilada organización del discurso e incursiona en zonas de lenguaje que descubren identidades y experiencias humanas límite que niegan la unicidad, la unidad de la personalidad”⁹.

“*Lumpérica*”, “*Por la Patria*” y “*El cuarto mundo*” son novelas que son leíbles desde una programática que se abre con lo genérico, pero que termina con la discusión sobre proyectos de país. Postales de un sitio llamado Chile. El paisaje urbano de “*Lumpérica*”, lo indígena en “*Por la patria*” y el incesto simbólico de “*El cuarto mundo*” son fragmentos de un posicionamiento alterno de una geografía de país sacada en un atlas donde todo está borroso: la noción de texto, la ética de la diferencia y la realidad de un texto producido en las condiciones más extremas. Pero, que funcionan además en términos de los discursos asediados por el golpe militar de 1973 y la posterior inscripción forzosa de un escenario público oscurecido por la sombra de la violencia y el miedo instaladas desde los aparatos del Estado.

La obra de Diamela Eltit entonces, fuera de la sectorización del escenario que Richard le asigna, asume también un diálogo con la historia y las representaciones de país. No es casual que “*El Padre Mío*” sea un texto recopilado y elaborado en dictadura, ni en ese contexto que su habla se refiera reiteradamente a los ejercicios de un poder sectorizado/identificado con el Estado, ni que aparezcan recurrentemente y reasignadas las figuras de Pinochet y Allende en el medio de muchas otras.

En esa medida una relectura del texto se vuelve algo casi obligado por el signo de los tiempos que corren. Los textos de Diamela Eltit, pese a su complejidad intencionada poseen ciertas claves que van más allá de la ya clásica lectura de género, a pesar de la obvia intencionalidad política de la misma. No se trata de la decodificación de “una poética de literatura menor”(Lértora), muy por el contrario. Ninguno de los cruces que “*El Padre Mío*” supone son menores y lo que es más, trascienden lo meramente literario. El habla del Padre, a pesar del diagnóstico psiquiátrico que convoca, es también un habla política si la entendemos (y ubicamos el texto) respecto a los referentes que evoca, las matrices que repite y el alcance de su discurso fragmentado. El habla del Padre, junto con el resto de la obra de Diamela Eltit, está entroncado en el marco de un universo signado por la marca indeleble de la catástrofe de lo público, lo civil y lo político: una larga lista

⁸ Nelly Richard. *Margins & Institutions. Art in Chile since 1973*. Melbourne, Australia, Art & Text, p. 120.

⁹ Juan Carlos Lértora. Obra cit., p. 12.

de vejaciones y mutilaciones que desembocan en una “cultura del miedo”, con el consiguiente desarrollo de afectividades, lenguajes e instituciones marcadas por el mismo:

“Es Chile, pensé.

Chile entero y a pedazos en la enfermedad de este hombre; jirones de diarios, fragmentos de exterminio, sílabas de muerte, pausas de mentira, frases comerciales, nombres de difuntos. Es una honda crisis del lenguaje, una infección en la memoria, una desarticulación de todas las ideologías. Es una pena, pensé”¹⁰.

III. Lo literario del Padre

Organizado en cuatro partes (un prólogo y tres “hablas”), “*El Padre Mío*” es el resultado de un proceso de investigación/documentación de la autora/ editora en el marco de la periferia de Santiago en la primera mitad de la década de los ochenta. Se trata de la recopilación de las sucesivas hablas de una figura marginal que habita en un sitio eriazado de la comuna de Conchalí. El sujeto, denominado por Eltit como el “Padre mío” por las referencias a esas figura en el habla recopilada, es procesado en el marco de una “inestable investigación en torno a la ciudad y sus márgenes [...] Utilizo el término investigación en un aspecto muy amplio, pues, de hecho, se trataba de salidas a la ciudad, sin un programa estructurado, tan sólo por la orientación, la fijación en mundos cruzados por energías y sentidos diferenciadores de un sistema social y cultural visible”¹¹.

El texto, editado en 1989, está anclado invariablemente en la secuencia cronológica transcrita de 1983, 1984 y 1985, que son los años a los que corresponden “las hablas” extractadas. El prólogo/presentación está escrito ex profeso para insertar esos textos en un marco discursivo donde adquirieran significado. Las dos partes (presentación/hablas) están imbricadas en una relación de soporte que radica en la validación simultánea de una por la otra. La idea, en un proceso triple que implica edición, presentación y publicación se funda en un deseo que para la autora significaba “especialmente, captar y capturar una estética generadora de significaciones culturales, entendiendo el movimiento vital de esas zonas como una suerte de negativo –como el negativo fotográfico– necesario para configurar un positivo –el resto de la ciudad– a través de una fuerte exclusión territorial para así mantener intacto el sistema social tramado bajo fuertes y sostenidas jerarquizaciones”.

¹⁰ Diamela Eltit. *El Padre Mío*. Santiago de Chile, Francisco Zegers editor, 1989, p. 17.

¹¹ Diamela Eltit. Obra cit., p. 11.

La presentación propone un encuadre geográfico respecto al territorio (geográfico, político y lingüístico) desde donde se desplegaría el habla. Dada la obvia referencia autorial se desprendería una poética destinada a explicar la relación entre urbe y ciudadanos en base a marcas en el paisaje ciudadano del que Eltit se hace cargo. Todo en el contexto de la fractura social que significó el golpe militar de 1973. La fijación fetichista en las figuras marginales da pie a su utilización como metáforas de la incapacidad de los sistemas sociales de hacerse cargo de ellas:

“Esa exterioridad se construía desde la acumulación del desecho y la disposición para articular una corporalidad barroca temible en exceso. La saturación de prendas era correspondiente a la carnalidad maquillada de tierra, formando la costra de una asentada suciedad, contraviniendo así el estereotipo del cuerpo higienizado y vestido según la lógica de la composición oficial”¹².

Lo interesante es que la presentación propone una suerte de cruce de estos elementos marcadamente segmentados desde lo visual y su utilización desde la palabra. A pesar de comenzar con un soporte visual (la artista Lotty Rosenfeld grabó al Padre en vídeo) la presentación ofrece una respuesta literaria respecto al proceso de documentación de las figuras:

“Hube de ubicarme, otra vez en un lugar diverso, un espacio de su plantación que no apela a revertir nada, a curar nada, como no sea instalar el efecto conmovedor de esta habla y la relación estética con sus palabras vaciadas de sentido, de cualquier lógica, salvo la angustia de la persecución silábica, el eco encadenatorio de las rimas, la existencia rigurosamente real de los márgenes en la ciudad y de esta escena marginal.

En suma, actuar desde la narrativa. Desde la literatura”¹³.

La literatura resulta entonces la solución adecuada para la ubicación del habla del Padre Mío, que es el nombre que ella le asigna al marginal. La literatura, la narrativa precisamente, se cruza con el proceso testimonial que la transcripción de las hablas del Padre supone. Se trata de un desplazamiento de opción metodológica que además supone un desplazamiento de los sistemas a los cuales el lector debe recurrir para acceder a los sentidos del texto. La presentación tiene ese objetivo, el de desplazar el habla como algo aislado y otorgarle una movilidad que maximice su efectividad discursiva:

¹² Diamela Eltit. Obra cit., p. 12.

¹³ Diamela Eltit. Obra cit., p. 16.

“Es-Cultura, pensé.

Esculturas diseminadas en los bordes negando la interioridad arquitectónica, tomando, en cambio, las fachadas, a partir de constituirse ellos mismos en puros ornamentos, en fachadas después de un cataclismo”¹⁴.

Se parte con lo visual y se termina con lo oral. Con la imagen del hablante y con su palabra. Se trata de una opción que da trascendencia y traspasa la mera documentación, cosa que emparenta el texto con una perspectiva moderna respecto a la necesidad del formato: un texto producido en la urgencia de la contingencia, donde la síntesis entre el documento y lo literario resulta clave a la hora de calcular la efectividad del mismo.

Según Ivette Malverde, “*El Padre Mío*” “configura un relato transido por el deseo del discurso; es la narración extrema de la apropiación del poder conferido por el discurso sobre el orden simbólico y no sólo sobre la realidad perceptual inmediata”¹⁵.

Una fisura de discurso que lo literario vendría a llenar. Además de la necesidad —explícita de la presentación— de tratar el habla del sujeto desde la literatura, se sumaría la validez de la escritura como algo que puede dar una cuenta válida del signo de los tiempos. Una ubicación en redes sucesivas, desenmascaradas por la lectura del texto:

- a) el proceso de transcripción de las cintas al papel en que la fijación tipográfica implicaría una intervención estética de las mismas (sintaxis, gramática, fonética);
- b) en la presentación que hace uso de la figura de la investigación como una metáfora lista para ser interpretada (“Es Chile, pensé”);
- c) en la necesidad expresa por la autora de enmarcar el texto como “literario”.

Entonces el formato del testimonio expresado por el habla del Padre (“Pero debería servir de testimonio yo”) queda circunscrito a los procesos que dan cuenta de lo literario. La literatura como versión alternativa de la historia. La literatura como un punto de partida para llegar a ciertos lugares que el hablante debería preceder/presentar:

“La publicación de este libro me permite compartir su peso, dejar abiertas otras identificaciones”¹⁶.

¹⁴ Diamela Eltit. Obra cit., p. 16.

¹⁵ Ivette Malverde. *Esquizofrenia y literatura: la obsesión discursiva en ‘El Padre Mío’ de Diamela Eltit*. En Juan Carlos Lertora. *Una poética de literatura menor: la narrativa de Diamela Eltit*. Santiago de Chile Cuarto Propio, 1993, p. 155.

¹⁶ Diamela Eltit. Obra cit., p. 18.

La presentación serviría de este modo para establecer los paradigmas que van a permitir enmarcar el habla y su uso consiguiente como figura representativa. En ese sentido, dicha habla, programada por el acoso, la violencia política y la marginalidad social se desentenderá de las categorías que la limitan en base a la obtención de un diagnóstico clínico (Ivette Malverde) y, por el contrario, establecería un diálogo con la historia que permite la fictividad, el reconocimiento de ciertas marcas que emparentan el discurso literario con el momento en que fue producido. La historiografía en ese sentido iluminaría ciertos caminos por los que el Padre circula. Al desembarazarse de la categoría de diagnóstico y entender al texto en una red cultural sujeta a la historia política del país el cruce permitía “compartir su peso” entre las posibilidades que implica la supuesta ahistoricidad de los referentes que el Padre cita con insistencia. “Evoqué la angustia del monólogo interior literario, dice Eltit en la ‘Presentación’, esa prisa y profundidad por hablar la verdad ‘verdadera’ del personaje escudado tras el simulacro formal de reproducir el pensamiento (...) Reconociendo que las palabras me hablan cuando me hablan, que en general me entrapa el lenguaje oral, que estoy seducida y comprometida por esa habla que recibí o encontré en la ciudad inesperadamente precisa, hoy recuerdo que pensé: es literatura, es como literatura”.

La metaforización del texto no desembocará entonces en su validez como síntoma de los tiempos sino como síntesis o apuntes respecto a las fracturas del período. Notas sobre algo que pasó, está pasando o se prepara para suceder. La presentación enmarca al texto como un elemento que permite la búsqueda de las señales que lo vuelven un todo apelativo respecto a un tiempo y políticas específicas. Se trata de ver a “*El Padre Mío*” no como la encarnación de una metáfora social sino como los fragmentos inconexos que permiten desde ahí intentar hilar una gran historia, una gran memoria de Chile.

IV. Fragmentos de exterminio

Una vez que se elude la alternativa psiquiátrica para elaborar notas alternativas sobre “*El Padre Mío*”, aparecen elementos que el diagnóstico obvia. Las sucesivas hablas (1983, 1984 y 1985) representan un *corpus* extractado que obedece a la lógica del fragmento: no son parte de un discurso organizado, ni establecen relaciones jerárquicas entre ellas. Pese a eso, los fragmentos conservan ciertas unidades que los cohesionan:

- a) las citas a una figura de poder denominada por el hablante como “El Padre Mío”;
- b) referencias a un señor Colvin y un señor Luengo que a veces se funden con las de un señor Pinochet;
- c) referencias a un señor Allende, Eduardo Frei, al Rey Jorge y Carlos Gardel;
- d) la inclusión de citas sobre el exterminio de los negros, máquinas desintegradoras, jugadores de fútbol, organizaciones políticas;

- e) el soporte, para todas estas figuras de un discurso situado en los marcos de la administración pública: psiquiátricos, hospitales, comisarías, bancos, etc.

Lo interesante es que en el habla recopilada casi todos los referentes tienen la misma validez. En la lógica conspirativa del acoso sufren de una igualación óptica que los subordina a un elemento único que es el Padre Mío:

“El Padre Mío fue receptor de Abastecimiento de Jurisprudencia y ocupó cargos generales en las Fuerzas Armadas. Pero usted me sacó una fotografía, puede perder la existencia de la vida porque yo soy un hombre poderoso al dar órdenes, ya que no las he dado todavía, ni las he solicitado. Porque hasta mi nombre ha elegido él y matar a los hombres que dan órdenes en la Organización Gamal Abdel Nasser...”¹⁷

El Padre Mío se configura entonces en una relación de persecución que el hablante asume con respecto a él: el Padre Mío tiene poder, persigue y cuenta con los instrumentos para el exterminio.

Sobre esa base, sus subordinados tienen una cara única (“El señor Luengo que es el señor Colvin que es el señor Pinochet”) que responde a su figura. En ese marco, el Padre se arma como una figura patriarcal pero ausente, que vive y se actualiza en el hablante, que lo hace objeto de su conspiración. Dice Sonia Montecino: “Pensamos que el hueco simbólico del *pater* en el imaginario mestizo de América Latina será sustituido con una figura masculina poderosa y violenta: el caudillo, el militar, el guerrillero. El padre ausente se entronca así en presencia teñida de potestad política, económica y bélica. Presencia que llena el espacio que está fuera de la casa; pero que impone en ella el hálito fantasmagórico de su imperio, aunque sea sólo por evocación o visión fugaz”¹⁸.

Pero esa visión fantasmagórica está fijada también por el posicionamiento geográfico del hablante con respecto a la ciudad: “Habitaba un sitio eriazo en la comuna de Conchalí”. Los lazos del Padre llegan hasta ahí y se actualizan en el habla. El hablante no es alcanzado aunque es capaz de testificar al respecto y ahí, en ese testimonio, la presencia del Padre está viva en el borde. En dicho borde —el habla—, los discursos y figuras dejan de tener una validez referencial directa para constituirse en sombras del Padre. De ahí la fusión de identidades y la pérdida de la capacidad significativa de los discursos. “Mientras que en el centro la mirada parece focalizar la cuestión de convivir con la diversidad [...] desde la periferia la cuestión es otra: cómo no perderse, no disolverse en la potente marejada que la

¹⁷ Diamela Eltit. Obra cit., p. 27.

¹⁸ Sonia Montecino. *Madres y huachos, alegorías del mestizaje chileno*. Santiago de Chile, Editorial Sudamericana, 1996, p. 33.

globalización empuja desestabilizando los países y amenazando la pluralidad de sus culturas”¹⁹.

La fragmentariedad del discurso del hablante no obedece tan solo a una lógica conspirativa, sino también a una geográfica. Al situarse en el afuera del sistema institucional regido por el Padre, los referentes pierden validez y se anulan. Al situarse en el borde el hablante se hace cargo de otra economía que lo desproletariza, cambiando su desplazamiento por la ciudad: “fuera del sistema de producción económica, su apariencia era el trabajo único que incesantemente se repetía en cada una de las figuras. Un trabajo solitario y excesivo que desde el jirón se recomponía en un barroco visual pesadamente latino por el orden de su pobreza”²⁰.

Se trata por ende que el hablante se sitúa socialmente fuera del sistema político y económico del Chile de los ochenta. Esto no solo por lo conspirativo de su discurso (nota: en un universo lleno de conspiraciones obligadas por razones de Estado) sino porque al situarse en la recomposición de lo político desde la perspectiva de la violencia ejercida por el Estado (la misma administración a la que el hablante hace alusión en un sinnfn de nombres), su discurso es capaz de cambiar los referentes haciéndoles perder el sentido pero otorgándoles otros desde la lógica fragmentaria de la persecución.

Asistimos así a un espectáculo regido por la tensión persecutoria que desmantela la lógica ordenada, jerarquizada del discurso y la reemplaza por pedazos aislados que dan cuenta del miedo a través de la referencia a una figura que acosa y persigue. En la frontera donde las redes operacionales de la instalación del Estado Neoliberal pierden sentido, asistimos entonces a un habla que anula las redes de convivencia política y sugiere otras. Se trata de la señalización de fracturas no resueltas, de las marcas verbales de una violencia ejercida que cobra validez en su representación literaria. La referencia al Padre Mío contraería así una cantidad de ecos que sobre la base de lo persecutorio lo ubican como representación del miedo.

Así, al reconocer la violencia ejercida por la persecución sobre el discurso un subtexto religioso también cobraría algo de sentido: “Una parte importante de los inspiradores y de los ejecutores del terror tenían creencias religiosas, eran individuos a los cuales les importaban los argumentos de fe y que estaban preocupados por su propia salvación. Pero ellos asumieron que torturar y

¹⁹ Jesús Martín Barbero. Descentramiento cultural y palimpsestos de identidad. *Universitas Humanistica* (Junio-diciembre de 1997), p. 16.

²⁰ Eltit, Diamela. Obra cit. , p. 13. Es interesante que esta alusión a la marginalidad de los sistemas de producción tenga un parecido a los sujetos sociales que los Estados Naciones del XIX se encargaron de proletarizar e incorporar a los sistemas de producción capitalistas, como se ha visto en Gabriel Salazar. *Historia contemporánea de Chile I: Estado, Legitimidad, ciudadanía*. Santiago de Chile, LOM Ediciones, 1999.

matar constituía un deber porque era un castigo dirigido a seres que adoptaban indebidamente la forma de lo humano. Seres que merecían los castigos infligidos, ya que negaban a Dios al negar la estructura natural de lo social”²¹.

El Padre Mío se ubicaría entonces en la perversión del Padre Nuestro. De la apropiación desde un sector de algo destinado a lo colectivo, con esa garantía de representación y con los medios de ejecución a su alcance:

“Porque yo fui planeado por asesinato y enfermo mental y depravado por el trago en la locución, en los periódicos, en la Comisaría, en el Juzgado, en el Open Door y en el Siquiátrico, donde me dejaron cómplices influyentes, por lo que está planeado una vez más. Pero yo puedo solucionarles eso. Tienen que conseguirme el medicamento para el procedimiento del ilusionismo, para las indicaciones de quiénes son los Ilustrísimas que representan los cargos de las garantías. Las representa el Padre Mío que es el señor Luengo que es diputado y senador, cómplice una vez más para la usurpación que viene al mundo. Tienen ustedes que hacer ese servicio, ya que me volví a escapar, una vez más, de la mortandad. Porque yo antes fui atentado por estos asuntos: yo fui atropellado y chocado en tres oportunidades, y escapé de morir triturado. Ignoraba lo que estaba relacionado con el Padre Mío, porque fui planeado en ese tiempo para ser asesinado y volví a ser planeado por lo que yo le estoy conversando a usted”²².

Nos enfrentamos entonces al procesamiento del subtexto religioso con el político. “*El Padre Mío*” se trata también de una descripción pormenorizada de la catástrofe pública. El hablante afirma ser sujeto de una persecución y además, ser sobreviviente. Ahí cobra sentido que las instituciones a las que se refiere sean parte de los aparatos de poder públicos pero que en el marco de la violencia del Padre Mío respondan tan solo a sus intereses. Lo que dice Alfredo Jocelyn Holt refiriéndose a Pinochet es perfectamente aplicable al Padre Mío:

“El que esté y no esté se debe siempre a que maneja las situaciones. Abarca más que el radio inmediato donde se mueve. No por carisma sino por presencia, por clima, por golpes efectistas, por ‘gestos’. Se rodea de un séquito de seguridad impresionante e intimidatorio [...] Además, se inviste una y otra vez con los colgajos del poder. Tiene especial debilidad por las condecoraciones, los uniformes, los títulos honoríficos y las interminables nuevas variaciones que introduce a su indumentaria. Nadie en la historia de este país ha sido tan

²¹ Tomás Moulian. *Chile Actual, anatomía de un mito*. Santiago de Chile, LOM Ediciones, 1997, p. 176.

²² Diamela Eltit. Obra cit., p. 56.

homenajado, premiado, ensalzado; probablemente nadie ha sido tan defendido por moros y cristianos”²³.

La referencia a Pinochet es fundamental porque permite, de nuevo, situar el habla en un contexto específico al que respondería utilizando el recurso de violencia y persecución como un puente entre la historia nacional, y el discurso fracturado del hablante. Significaría ubicar más precisamente el delirio persecutorio en un juego de espejos más que interesante: a la anulación de las libertades públicas por parte del Estado se enfrentaría la anulación de esos recursos en un límite donde nada tiene sentido. El victimario frente a la víctima que escapa. El holocausto frente al sobreviviente.

La condición fragmentaria del texto apuntaría ya no solo a la presentación del habla violentada de alguien que está situado al margen de todo sino a una respuesta de supervivencia frente a un discurso institucionalizado con pretensiones totales. “Esc es el lado místico de la crueldad, su aspecto mesiánico. Este se combina indudablemente con el aspecto racional. Una ‘renovación social’ cuya dirección es asumida por los militares implicaba, por mentalidad o socialización, el uso de una estrategia de coerción. La lógica era que las finalidades que no se podían obtener persuasivamente se obtuvieran por la violencia o el terror y las que se podían obtener persuasivamente se afirmaran por la amenaza y el temor. Aquí el uso de la crueldad está despojado de los aspectos místicos de la justificación religiosa. Su sentido es asegurar la gobernabilidad absoluta, la que solamente se conseguía anulando todo contrabalance y cualquier movilización social”²⁴.

El habla fragmentada se ubica entonces en la necesidad de encontrar un recurso que permita renarrar la historia y deslindarse de las pretensiones totalizadoras del Padre. Por eso, la opción literaria, como habla individual frente a un discurso público basado en el terror. Frente a lo unívoco del discurso militar (“emana del gobierno militar todo un conjunto de declaraciones de principios y decretos [...] Eran actos de autoridad cuyo primordial propósito era mandar, prohibir o informar acerca de los límites de lo posible”²⁵) se produce la escritura en *pachtwork* del mendigo utilizando restos de la institucionalidad trizada por el golpe y además la invitación al lector/auditor a unir los fragmentos y encontrar algo, a “compartir el peso” como recurso para esclarecer la memoria.

²³ Alfredo Jocelyn Holt-Letelier. *El Chile Perplejo, del avanzar sin transar al transar sin parar*. Santiago de Chile, Planeta/Ariel, 1998, p. 166.

²⁴ Tomás Moulian. Obra cit., p. 177.

²⁵ Alfredo Jocelyn Holt-Letelier. *Espejo retrovisor*. Santiago de Chile, Planeta, 2000, p. 97.

V. Aniquilación y sobrevivencia

Ubicar a “*El Padre Mío*”, a más de diez años de su publicación original entonces significa recuperar pedazos de la historia nacional imposibles de enmarcar en la secuencia ciudadana de la “transición”. Significa situarse en el marco de una estética cuya validez apuntaba a una contingencia puntual pero cuyos alcances aún tienen validez. Ver al hablante como víctima permite configurar ciertas nociones respecto a los discursos exterminados, a hablas soterradas, a ondas de radio perdidas en el vacío que por fin encuentran el camino a casa.

El hablante, según Eltit en la presentación, ya no está, “ya no habita más en ese sector” pero en la persistencia del habla aún sobrevive su discurso fragmentado. Se trataría de un aviso de la imposibilidad de consensuar discursos y encontrar una sola versión para la historia, de la imposibilidad ética de oponer verdad a justicia. “Algunas personas”, dice el hablante, “están relacionadas con el Padre Mío, que son personas influyentes y tienen compromiso con él, relacionadas con el compromiso que le estoy hablando. Yo no soy cómplice de él, porque ignoraba que yo ocupaba algo relacionado con las garantías de preferencia y de ofrecimiento que los representa el señor Frei, el señor Allende y el señor Alessandri [...] El Padre Mío trabaja para la rebelión de los negros y el exterminio, pero yo no soy cómplice de él”²⁶.

“*El Padre Mío*” implica la permanencia de ciertos signos trabajados por medio del fragmento. Descontextualizados en un marco real, tienen injerencia en la discusión sobre las sociedades a fundar en el marco de su publicación inicial, pero aún más, operan en el presente como una marca indeleble del pasado. Se trata al final de cuentas de la palabra frente a la historia.

“El golpe puso fin a este permanente discursar. Desde un comienzo los militares se mostraron poco elocuentes. Prefirieron expresarse mediante acciones y órdenes [...] La palabra se constituyó en una fuente de poder, en un arma de lucha muchas veces desnaturalizada por tanto su sentido dialogal más profundo. Con todo, el régimen militar fue un paso más allá. Capitalizando el anterior desprestigio de la palabra, le restó espacios, la descalificó y en múltiples ocasiones la censuró. En un sentido estricto, el gobierno militar nunca fue un régimen político propiamente tal. Ejerció el poder, lo administró [...] Nunca fue político en cuanto a querer o sentirse obligado a que fuese respetado por medio del uso de la persuasión o de la palabra dialogal”²⁷.

²⁶ Diamela Eltit. Obra cit., p. 42.

²⁷ Alfredo Jocelyn Holt-Letelier. Obra cit., p. 97.

El discurso paranoico, conspirativo del hablante de *"El Padre Mío"* sigue la lógica de los tiempos pero se configura en su reverso. Frente a la aniquilación calculada de la palabra como soporte de ciudadanía y a la clausura de la vía dialogante, el hablante se ofrece como una alternativa a la oficialidad comandada por el Padre. Está enmascarado en la posible disección clínica de una enfermedad social, pero va más allá al proponer un murmullo, una estática radial que empieza al salirse del dial del régimen.

Leer *"El Padre Mío"* en la lógica consensuada de la actualidad provoca cierto estado de estupor y hasta de miedo. En una década que ha profitado de la conspiración finisecular como un elemento estético a añadir a los discursos, la presencia retrospectiva del sujeto del texto resulta perturbadora. La ficcionalización del mismo es también la ficcionalización de la historia. Es en ese punto que el texto se configura como un reverso atroz a la instrumentalización fáctica de la sociedad chilena. Es una perversión de los discursos oficiales, el detritus elaborado que debe ser dejado de lado. La grasa de las capitales.

Son evidentes las fracturas del habla reseñada, pero también sus ritmos, las repeticiones, las citas y el anclaje que posee con la historia nacional. El sujeto la sobrevive pero a la vez habita. En su habla conviven los fantasmas de lo que ya fue, pero que aún es: "El mismo señor Pinochet es el señor Colvin, es el mismo jugador William Marín de Audax Italiano, el mismo. El es el señor Colvin, el señor Luengo, el rey Jorge"²⁸.

El hablante, en su condición de sobreviviente se configura como testimonio ya no de lo divino sino de lo humano. Como la imagen del mendigo, que se apropia de lo que ya no sirve para consignar los pequeños fetiches que configuran su mundo, el hablante se apropia de la historia y la pervierte en un discurso violentado por la necesidad de hablar. Alejado del poder del Padre Mío, la palabra se configura como el elemento de cambio, como las vestiduras que hay que llevar en sociedad. Reducido a una mínima expresión y con solo los significantes vacíos de discursos anteriores es capaz de reproducir la lógica del exterminio y la violencia: una memoria individual que se configura en los restos de un martilogio social, de un holocausto hecho en la medida de lo posible.

²⁸ Diamela Eltit. Obra cit., p. 29.